

EL VIEJO ALMACÉN: CONATO ETNOGRÁFICO EN UN BAR DE TANGO EN BOGOTÁ

FRANCISCO ALEJANDRO FORERO YANQUÉN

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA
BOGOTÁ D.C., 2006

Trabajo realizado en el curso Taller de Técnicas Etnográficas (IV semestre).

Publicado en COLANTROPOS www.humanas.unal.edu.co/colantropos 2007

Lunes

*Qué bonito ese cuadro, ¡Simón Bolívar! ¿Lo va a poner acá?
Marielita: ¡no!, acá se pone a llorar*

Difícil es seguir el curso de las razones que me llevaron a hacer trabajo de campo en “El Viejo Almacén”, el bar de tango que tantas veces había visto de paso, y al que solo había entrado una de ellas. Aún cuando pudiera enumerarlas, no podría garantizar que esas son, en realidad. No tiene caso. Mi relación con el tango ha sido la de un confesor, o mejor, la de un hijo que vuelve a casa después de probar fortuna en otra parte. Ese fue el papel que obligué al tango a que cumpliera hace un tiempo, cuando estudiaba ingeniería sin querer. Así que, sobre este tema de las motivaciones para trabajar en aquel lugar, solo puedo ir a tientas. (Mala forma de comenzar una etnografía, un trabajo final, un informe a la academia sobre una experiencia que pretendía ser científica. Estas páginas debían reflejar los resultados de mi aprendizaje en “técnicas etnográficas”, y del seguimiento de una metodología para mi proyecto de investigación, mi trabajo de campo, la interpretación de los datos. Debo decir, para no andar con rodeos, que en este sentido, fracasé: los sentimientos que suscitaba en mí aquella música, el estado de ánimo que producía mi estancia en aquel lugar, no podrán nunca parangonarse con la entereza necesaria para prestar atención sincera a lo que pasa alrededor, en el mundo exterior. Sin embargo, el lector deberá hacer su propio juicio sobre este trabajo, por mi bien.)

El Viejo Almacén queda apenas a unas cuadras de mi casa. Para ir de ella a aquel lugar, basta con caminar un corto trecho del Eje Ambiental, andar una cuadra hacia el sur por la Crr 4, y girar a mano derecha. Ahí está. El bar abre sus puertas a una de esas calles que no suelo recorrer, aunque siempre que voy a la biblioteca Luis Ángel Arango, la veo: es muy corta, por ella transitan muy pocos carros y contadas personas necesitan recorrerla, pues los itinerarios más frecuentes pasan por las dos importantes vías que esta conecta, a manera de atajo: el Eje Ambiental y la Carrera 4ª. Menciono esto porque la cercanía del lugar a mi casa pudo haber influido en la decisión de trabajar allí. Sin embargo, los otros sitios que tenía por opciones estaban igualmente cerca, y quizá no me exigieran gastar dinero en cerveza.

No, la razón debe estar en otra parte: hace poco más de dos años, cuando aún estudiaba ingeniería mecánica, tuve que ahogar mi depresión por la mala elección de carrera de

muchas maneras, y el tango fue una de ellas. Luisa, una de mis compañeras de universidad, me invitó a las clases de tango que dictaban en la Universidad, y me llevó un par de veces a la academia donde ella aprendió a bailar. Por otro lado, la vitalidad de la música de Piazzola había logrado atraparme, y aún hoy es de mis compositores predilectos: qué distinto era el ritmo de esa música al de mi vida de aspirante a ingeniero; qué parecida la tristeza del tango clásico a la tristeza en que las circunstancias me envolvían. Los recuerdos que evoca el tango en mi vida pudieron haber influido en la decisión de trabajar allí. Sin embargo, aún hoy, estudiando antropología, no dejo de caer en profundas depresiones y de sentir cómo fluye la tristeza por los pliegues de las horas; aún hoy, en “otras” circunstancias (¿o en las mismas?). Quizá sea un error confinar el tango al recuerdo de un pasado tan preciso.

Debo entonces aceptar que soy proclive al ensimismamiento, a sentimientos opacos que hacen bajar la mirada. Aceptar además que la soledad, la lluvia, el alcohol, la música triste, entre otros, son como detonantes que hacen aflorar todo eso en mi interior. Por tanto, elegir trabajar en el Viejo Almacén fue, en mi caso, un acto de absurdo masoquismo, pues los elementos que se conjugaban en el trabajo de campo eran, sencillamente, letales: la soledad (y de la peor: en medio de la gente), el alcohol, el tango, la etnografía en espacios públicos... Parecerá el colmo de la reflexividad, o en el peor de los casos una disculpa, pero es preciso que comience de este modo mi etnografía. En ella se cuentan cosas que observé “sin observar”, que pasaban ante mi vista y que por suerte alcanzaron a colarse en el papel. Dudo mucho de su valor científico, de su “calidad” como investigación, no tanto por sus resultados como por el hecho de que estos sean los residuos de otras experiencias, que si fueron centrales, y que por el carácter de este trabajo no caben aquí.

.....

Pasemos ahora a hablar de la investigación en sí.

En este proyecto ha habido un desplazamiento del centro de interés. En un principio quise analizar el papel que cumplía la música en este lugar, los “usos” que hacía la gente del tango, y llegar a la “función” que el tango cumple en “El Viejo Almacén” considerado como totalidad. Eran pretensiones trazadas desde la teoría funcionalista de Alan Merriam, el conocido etnomusicólogo que retomó conceptos del estructural-funcionalismo británico para aplicarlos al nuevo campo de la Antropología. Después de replantear varias veces el objetivo de la investigación, el interés pasó a centrarse en la manera de relacionarse de las personas en el Viejo Almacén, y quise cotejar mis conclusiones con la caracterización que hace Manuel Delgado de los espacios públicos (quintaesencia de lo urbano), en su obra “El Animal Público”: Según él, “el ámbito de lo urbano hemos visto que era [...] sus espacios usados transitoriamente, sean públicos [...] o semipúblicos – cafés, bares, discotecas, [...] Es ahí donde podemos ver producirse la epifanía de lo que se ha definido como específicamente urbano: lo inopinado, lo imprevisto, lo sorprendente, lo oscilante... La urbanidad consiste en esa reunión de extraños, unidos por la evitación, el anonimato [...]” (Delgado p. 33)

Estudiando lo que pasa en El Viejo Almacén, en su especificidad, espero mostrar cómo el modelo que Manuel Delgado plantea para caracterizar lo urbano se queda corto si queremos entender lo que pasa allí. A partir del trabajo de campo, quisiera aportar algunos elementos a la descripción de las relaciones en espacios semipúblicos y públicos.

Para llegar a esas conclusiones, fue necesario hacer trabajo de campo: fueron visitas de 1 a 3 horas, la mayoría realizadas los viernes y sábado, aunque algunas veces fui en otros días de la semana (exceptuando el martes). No hubo una escogencia sistemática de los días en que iría: simplemente, los viernes y sábados eran los días que para mí, como “nativo” de lo urbano en Bogotá, eran más apropiados para ir a un bar, sin que se cruzara con otras rutinas. Y este punto de vista, al parecer, es el que rige entre los clientes del Viejo Almacén, para los cuales el viernes es el día mejor si de tomarse unas cervezas se trata, conversar con amigos y escuchar música.

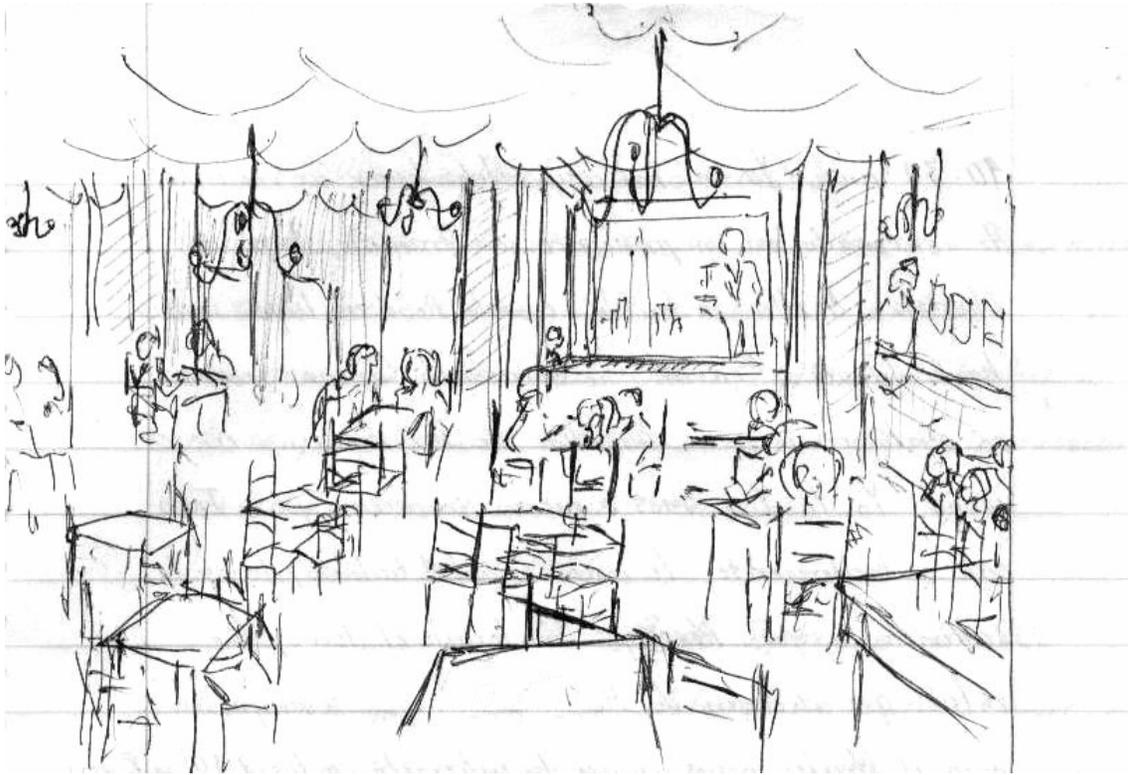
Aquí se acaba Lunes. Los lunes El Viejo Almacén no abre sus puertas, pues Francisco, el principal encargado del funcionamiento del bar, estudia este día. Así que, a puertas cerradas, poco era lo que podía decir. Vamos a Martes, a ver que pasa.

Martes

“y todo a media luz...”

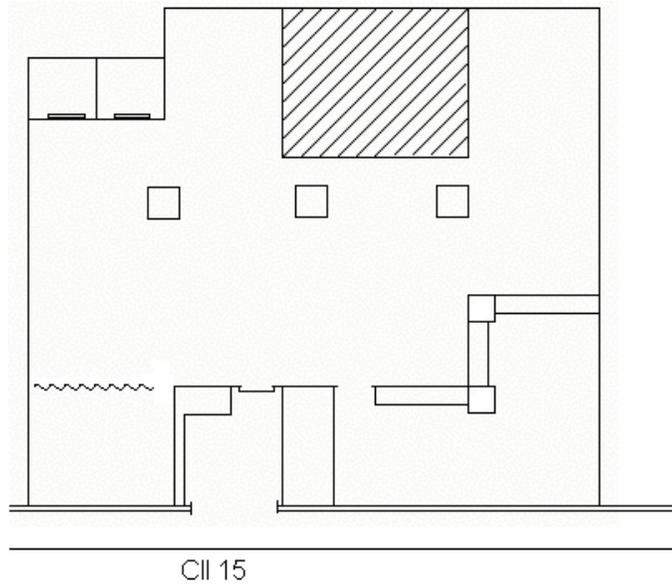
El Viejo Almacén es un bar de tango, que queda en la calle 15 No 4-30. El sector donde “El Viejo Almacén” se ubica alcanza a estar dentro de los límites de La Candelaria, o la zona histórica de Bogotá. Sin embargo, muy cerca de él está el otro centro de la ciudad, colmado de edificios y de construcciones que en su estilo distan mucho del aire colonial de la Candelaria. Cerca al bar, por la carrera 4 y por otras calles del sector, hay varios negocios destinados al entretenimiento, al trago, la música, el baile y la charla. Muchos estilos distintos se conjugan en este sector: por ejemplo, justo al frente de El Viejo Almacén queda un bar de Reggae, cerca quedan algunos de rock, salsa, y en toda la Candelaria hay, aquí y allá, bares bohemios, algunos con música en vivo o en video, donde bien se puede escuchar son cubano, nueva trova, electrónica.... Como es bien sabido, el Centro es una zona donde la gente va a estudiar o a trabajar; muchos colegios y universidades se ubican en este sector, y también muchas oficinas e instituciones oficiales. Por lo tanto, existen gran variedad de negocios (tiendas, restaurantes, comidas rápidas, papelerías, servicio de llamadas, bares) destinados a atender las demandas de este público.

Por esa calle solo quedan dos bares: el Viejo Almacén, y al frente de este, el de Reggae: es una calle algo lúgubre por los pocos transeúntes que pasan de noche y por los escasos negocios que allí abren sus puertas. Al costado norte de esta calle, más o menos en la mitad de su corta extensión, hay una puerta abierta donde inicia un ancho y corto umbral: es la entrada al Viejo Almacén. Arriba, en un letrero de madera, se lee el nombre del sitio justo debajo de su logo-símbolo: un rostro de Gardel que gira la cabeza y sonríe. Ya al interior de este umbral, en sus paredes, se leen algunos carteles, anunciando algún evento alusivo al tango (quizá ya pasó la fecha), y una puerta de madera con pequeñas ventanillas cuadradas nos introduce al local.



Ya por las ventanillas se observa algo de lo que va uno a encontrar después de empujar esta puerta y cruzarla: unas lámparas de pequeños bombillos amarillos, emiten una luz tenue que lucha por acorralar la oscuridad reinante y colmar el amplio espacio del local. Las lámparas cuelgan del techo, y su luz es absorbida por la tela negra que lo cubre; esta tela está fijada al techo apenas en algunos puntos, y entre ellos el peso de la misma hace que se formen suaves ondulaciones. Estos detalles le dan al lugar un aire íntimo, algo sórdido y en todo caso, antiguo, detalles que no se pueden captar en un rápido bosquejo del lugar, hecho de afán en el diario de campo, todo a media luz.

Tres columnas centrales alineadas, espaciadas, dividen el bar en dos: un espacio inmediato, amplio y lleno de mesas y sillas, y otro más atrás, en donde destaca la tarima de madera destinada al baile. A lado y lado de la tarima hay también espacio para algunas mesas más. Y en la pared del frente, inmediata a la pista de baile, se aprecia un gran mural: sobre el fondo negro de la composición, simulando nocturnidad, la pintura blanca resalta las superficies donde la luz, de acuerdo a la perspectiva, habría llegado al cuerpo entero de Gardel colocado en un primer plano; en el fondo, a un lado de la figura principal, se perfilan algunos edificios y un obelisco desproporcionadamente grande. Esto es lo que ve uno apenas cruza la segunda entrada del umbral.



A mano izquierda continua el amplio espacio, hay más mesas cuadradas de madera, cada una con cuatro sillas a su alrededor. Contra la pared hay un pequeño sofá rojo, y de ella cuelga un cuadro de Celia Cruz, la guarachera de Cuba. Si voltea uno la mirada hacia la puerta de entrada, al lado de ella y por este mismo costado, se ve una gran cortina detrás de la cual alcanzan a verse algunas canastas de cerveza; es algo así como un almacén de licor. Finalmente, al fondo de este costado, se ven dos pequeñas puertas del tipo “lejano oeste”, de las que se abren mientras uno va entrando: son el ingreso a los baños, el izquierdo para mujeres, el derecho para hombres.

Al costado derecho del bar, son más los elementos que puede recorrer la mirada: a este lado podemos ver la barra, ese largo muro a media altura que sirve de mesa y que encierra el espacio de Francisco y Marielita, de los meseros y los amigos de la casa. Este espacio está muy bien iluminado, se puede observar desde cualquier punto del bar y en la misma medida desde allí puede ser uno observado. La barra, como se ve en el croquis, es zigzagueante, y en sus quiebres se ve interrumpida por gruesas columnas rectangulares, una de las cuales sostiene un gran cuadro de Gardel. Al lado interno de la barra es donde se encuentra el armario con la música: muchos discos de acetato y cd`s llenan sus estantes, y un equipo de sonido reproduce sus melodías. También se encuentra allí un gran mesón donde se preparan los pedidos, y en la esquina, un espacio privado se halla aislado de la vista pública por un biombo. A uno de los costados de la barra es donde se ubica uno de los expendedores de cigarrillos; el otro queda justo entre la puerta de entrada y el almacén de cerveza.

Todo el muro del costado derecho está decorado con cuadros y fotografías de Gardel; el póster donde aparece Marielita y El Viejo Almacén como temas de un artículo de revista, que también está en este muro, es la excepción a la regla, pues Gardel, en todos los tamaños y las poses, llena los motivos de este sector. Y es justamente este sector el de No fumadores: aquí no se pueden sentar quienes quieran prender un cigarrillo, y coincidentalmente es casi siempre el último espacio del bar en llenarse; también es donde, al parecer, prefieren sentarse las parejas de hombre-mujer.

.....

El único martes que intenté ir al Viejo Almacén, con el ánimo expreso de entrevistar a Mariela Cruz –Marielita-, la dueña del bar, no se abrió el negocio. Intrigado por tal imprevisto, fui al día siguiente para pedir la entrevista, pero hoy Marielita no estaba: Francisco, su hijo, me comunicó que “ayer”, Marielita se había enfermado de una infección intestinal, y que por ello tuvo que ser hospitalizada; no vendría en los próximos días. Ante la urgencia de llevar al día siguiente una entrevista transcrita a la clase de taller de técnicas etnográficas, y ante la imposibilidad de Francisco para desatender el negocio, entrevisté a Leonardo.

Si hubiera que ubicar a una persona en el centro del Viejo Almacén, ella sería Mariela Cruz. Ella es la mujer que desde hace 28 años, es decir, desde que murió su esposo, ha estado al frente del bar. De su esposo le quedó una gran cantidad de discos, no solo de tango sino también de música colombiana, boleros, rancheras, etc., y además la responsabilidad de administrar el negocio. Todas las noches llega al Viejo Almacén a eso de las 7 u 8 de la noche, cuando ya su hijo Francisco ha dispuesto las cosas y abierto el local desde las 6. Sin embargo, no hay duda de quién está al frente del bar: cuando llegué por primera vez para pedir la autorización de hacer mi trabajo allí y de hacer una entrevista, Francisco me remitió a su mamá, quien llegó minutos más tarde. Además, su nombre viene asociado al de El Viejo Almacén de modo unívoco, para aquellos que han frecuentado el lugar durante algún tiempo: Germán Diego Castro, amigo de mi padre; Darlín, cliente del bar y aprendiz de baile; Luisa Fernanda, amiga mía, son algunos de los que, en sus conversaciones han estado de acuerdo en este punto. Por demás, en las paredes del local hay signos de la importancia de esta mujer: al lado de la puerta interna del umbral, cuelga un pergamino enmarcado donde se aprecian muchas firmas de personas adherentes al homenaje que con este “diploma” rindieron a Mariela Cruz, y en otra pared, la del costado derecho, en formato de póster se aprecia una ampliación de alguna publicación (periódico o revista) donde hablan de Marielita y del Viejo Almacén, reseñándolo como un lugar donde los jóvenes pueden ir a escuchar tango.

Exceptuando esos días en que estuvo enferma, siempre vi a Mariela detrás de la barra, atendiendo a los clientes de las mesas o preparando pedidos. Sin embargo, cuando hay alguna otra persona que atiende (Francisco, otro de sus hijos o la mesera que trabaja los viernes), ella habla con alguno de sus clientes conocidos que se sientan en la barra o que la invitan a la mesa un momento. Sin embargo, ella casi nunca lleva a las mesas el licor: Las veces que me ha atendido, ella saludó y tomó el pedido, pero en esas ocasiones las cervezas las trajo otra persona: Francisco, su hermano, Leonardo o la mesera.

Cuando ella atiende, deja las reglas en claro: en primer lugar, pide las cédulas de todos los recién llegados, aún cuando todos aparentan mayoría de edad. En entrevista me comentaba: “Hace cuanto vino una barra de diez y fue a traer un menor –qué pena pero no se puede atender. No se atiende, me da mucha pena pero ahí no... yo si soy muy estricta en eso”. Si se está sentado en el sector de no fumadores, al costado derecho, pregunta a los clientes si desean fumar, y dado el caso de que así sea, ella solicita cambiar de puesto. Por último, toma el pedido y pregunta si desea la cerveza con vaso o sin él. No son muy diferentes los pasos que siguen Francisco o los otros que atienden, pero el paso de las cédulas en estos casos se omite, o basta para ellos con preguntar si todos tienen cédula.

Otra de las reglas que ella desde la barra, vigila a la distancia, es la de no besarse demasiado con la pareja: “no me gusta que las parejitas vengan acá a estarse besuquiando, dándose besos ahí mucho, no me gusta eso. Eso es un problema que tengo yo acá porque

no me gusta eso. Uno no dice que no se besen, no, un besito, pero es que a veces se pegan, se... entonces no me gusta.” En alguna ocasión pude observar cómo Marielita le llamaba la atención a una de estas parejas: yo estaba sentado justo entre la barra, donde ella estaba, y una pareja de unos 25 años que atrás mío “supongo” se besaban. Marielita observaba en esa dirección, inquieta, y cuando su mirada se cruzó con la de sus clientes, señaló sus labios con ambos dedos índice y después movía sus brazos de un lado a otro, comunicando un mensaje claro, y en el contexto de su negocio, imperativo: besos no.

La otra persona central en este lugar es Francisco, o Pacho, como le dicen sus allegados. Francisco es un señor de unos 33 años, y está a toda hora atendiendo el negocio, desde las 6 de la tarde en que lo abre hasta las 2:30 de la madrugada en que, por ley, deben cerrarse los bares. La primera vez que vine al bar con el ánimo de decidirme por un lugar para hacer trabajo de campo, llegué a las 6 de la tarde: era un sábado, y el local aún estaba cerrado. Sin embargo, miré por las ventanillas de la puerta, y a través de ella pude ver cuando Francisco bajaba las sillas de las mesas, caminaba de un lado a otro... estaba disponiendo las cosas para abrir el local.

Siempre que fui al Viejo Almacén Francisco estaba: ya sea en la barra, poniendo la música, atendiendo clientes, sirviendo licor, arreglando los baños... En las primeras horas de atención, si no es un día ajetreado como el viernes o sábado, es probable encontrar a Francisco solo, encargado del bar. Una o dos horas después llega su mamá, y durante la noche llegan amigos y amigas que le hacen la visita; a veces llega un grupo grande de amigos de unas 7 a 10 personas (entre ellos Leonardo), conocidos de la casa: de Pacho y Marielita. Estas personas, ya sean amigos de uno u otro, se les ve entrar sin problema en el área interior de la barra, saludan efusivamente a sus anfitriones.

Tengo que hablar ahora de Leonardo, uno de estos “amigos de casa”, el que más tiempo lo he visto permanecer en el local, no solo de visita sino sobre todo ayudando a atender a los clientes o acaso trayendo una pizza o alguna otra cosa de comer para Marielita: Se trata de Leonardo, hombre de unos 35 años que hace más o menos un año vino a la primera Milonga que se hizo en el Viejo Almacén: este es un evento que se hace los domingos, cada 15 días, y en el cual los asistentes van principalmente a bailar. Leonardo aprendió a bailar allí, y desde entonces se ha hecho amigo de la familia. Por ejemplo, una vez lo vi bailar con Mariela, adentro de la barra... cuando llega el grupo de amigos de Francisco, lo ve uno sentado en su mesa charlando. Casi siempre que fui al bar estuvo Leonardo allí, y además, fue la primera persona que yo entrevisté para este trabajo.

Los viernes y sábados, días en que el número de clientes es mucho mayor a los otros días, se ve atender a dos meseros más, un hombre y una mujer, y también al hermano de Francisco, además de los que siempre están, Francisco y Mariela. Ellos están casi siempre detrás de la barra, atentos a los clientes que por medio de una seña los llaman o les piden desde la mesa una ronda más de cervezas; un viernes, a eso de las 10 u 11 de la noche, cuando el bar está casi lleno, la mesera se para entre la barra y la puerta, en un lugar visible y en disposición de recibir un nuevo pedido.

Estas son las personas que están “de ese lado de la barra”, aquellas que hacen funcionar el lugar, que prestan el servicio y en esa misma medida cuidan de las reglas: no fumar en la zona donde está prohibido, establecer el precio de los licores y cobrarlo, poner la música, cerrar a la hora por la ley indicada, e inclusive (en el caso de Marielita) no darse besos

demasiado “apasionados” con la pareja. De manera que son ellos, Francisco y Mariela, los que pueden atribuirse un derecho sobre el espacio, el derecho que les da la propiedad, pero sobre todo el de ser quienes ponen a disposición el espacio y prestan el servicio, en suma, quienes hacen que el bar funcione. Sobre esto escribí una vez en el diario:

17 de Septiembre: “[...] A pesar de que este [El Viejo Almacén], como todo lugar urbano, es un lugar de paso para usar transitoriamente y marcharse, no ocurre así con los dueños del lugar. Ellos si permanecen allí, disponen las cosas a su parecer, las mesas, la decoración, la música. Ellos ejecutan y exigen el cumplimiento de las reglas [...]: solo entran mayores de edad con cédula, la cerveza cuesta 1800 pesos, etc. Su ubicación les permite una visión general del lugar, como en un panóptico. De alguna manera, uno admite que está en su territorio, que lo usa y lo disfruta a su discreción.”

Y el funcionamiento del lugar, el mismo del que se encargan las personas que acabamos de conocer, es, hasta donde nos interesa, el siguiente: el bar se abre de martes a sábado, de 6 de la tarde (a veces hasta las 6:30) hasta las 2:30 de la mañana. Los domingos cada 15 días, hay milonga, es decir, las personas vienen expresamente a bailar, no sin antes pagar 5000 pesos de entrada con derecho a dos cervezas; yo nunca fui a una milonga de estas, no solo porque no sabía bailar sino porque, al parecer, este se trataba de un evento muy distinto al que se presenciaba los otros días de la semana, pues en las milongas “a eso es a lo que vienen, a bailar, casi no a tomar...”, como me dijo Marielita.

Algo opuesto es lo que pasa los demás días de la semana: la gente viene a conversar y a tomar, casi nunca a bailar. Los clientes se sientan en una mesa o en la barra, y Francisco o algún otro le toma el pedido; antes de salir, los clientes se acercan a la barra para pagar: Si alguno quiere un cigarrillo, debe acercarse al expendedor y depositar una moneda de 200 pesos; a la mesa ya habrán traído un cenicero justo cuando tomaron el pedido.

Si alguna pareja quiere bailar una pieza, puede hacerlo en la tarima o simplemente en el espacio que hay entre las mesas; puede también pedir alguna canción que quiera escuchar. Ambas cosas, el baile y la música a petición del público, no son cosas que pasen con mucha frecuencia. En general las personas permanecen sentadas escuchando la música y charlando, fumando y bebiendo, mientras Francisco se encarga de escoger las melodías de fondo.

.....

No puedo terminar Martes sin decir nada del martes en el Viejo Almacén. He dicho cosas que, de algún modo valen para cualquier día, no solo para este día en particular. Como ya lo comenté, el único martes que fui al Viejo Almacén fue el único martes que no abrieron el bar; todo lo que se sobre los martes fue lo que Marielita pudo decirme:

Francisco (yo): El martes, ¿cómo es un martes? el martes se abre a las 6.

Marielita: lo mismo, común y corriente como todos los días

F: cómo es el volumen de gente los martes, qué tanta gente viene.

M: muy poquitica, lo que pasa es que... uno abre el negocio por... por que tiene que abrirlo porque si uno no abre la gente pasa y si no abre pues... no entra nadie por pues claro. Pero se abre para que la gente vea que uno si trabaja al menos... si, viene gente, claro, pero no digamos se diga ¡que qué bruto, se llenó esto! Muy poca la gente. Mejor dicho los días acá son jueves viernes y sábado.

F: jueves viernes y sábado... Y entonces el martes vienen... osea qué tanto se demoran un martes?,

M: depende, depende, si hay poquita gente pues se cierra temprano

F: pero digamos vienen... si vienen las personas qué tanto vienen... se demoran las personas que vienen un martes?

M: por ahí a las 10, 11 ya se están yendo. Por más que se quede uno acá son las 12 y media

F: un martes

M: si, un martes porque esto es muy solo

F: ya... y como qué... un martes viene como qué tipo gente, estudiantes o gente mayor

M: si gente mayor. Los muchachos no vienen casi los martes por lo que como estudian...

Miércoles

“ qué es lo más raro que pasa [los martes y miércoles]?”

Marielita: “¡nada!, lo mismo de siempre, lo mismo de todos los días, nada raro, todo igual, la gente viene, se toma sus tragos, se va, vuelve, toma sus tragos, se va, eso es todo”

En esta respuesta de Marielita están encerrados el tedio, el aburrimiento que me produjo hacer trabajo de campo en el Viejo Almacén, la sensación de que todos los días fueron iguales, que nunca pasaba nada nuevo; se vislumbran visos de diversidad, de alegría, en las conversaciones íntimas de los clientes, en las miradas atentas de los interlocutores, en algún beso furtivo entre una pareja de novios... En todo aquello que solo me interesaba como contexto, pues en suma, lo que permanece en este lugar son las reglas, los modos de comportarse de un grupo con respecto a otro, del mesero con los clientes: las formas, los contenedores... Los contenidos vienen y van: los temas de las conversaciones varían y solo permanece el acto mismo de conversar, las personas entran y salen y solo permanece el rol de clientes, que puede ser asumido de modo intermitente por muchas personas distintas.

En esa medida, me parece por lo menos exagerada la insistencia de Manuel Delgado en caracterizar la antropología de lo urbano como “una antropología de lo inestable, de lo no estructurado, no porque esté desestructurado sino por estar estructurándose, creando estructuras que estarán finalmente abortadas” (p. 12). Esto quizá sea muy cierto al nivel microscópico de los encuentros furtivos entre desconocidos, tomados aisladamente, comunicaciones instantáneas entre personas anónimas cuya solidez para el otro solo está en el rol que ocupan dentro del “funcionamiento” del lugar: cliente, mesero, transeúnte, comprador. Pero en general, lo que observo en el Viejo Almacén y en otros lugares públicos es un alto nivel de “funcionalización” del espacio, y en esa medida, unas reglas bastante estables de comunicación (o de no interacción) entre los presentes en tanto que usuarios o prestadores del servicio.

Sin embargo, debemos tratar el tema de un modo menos sintético a como lo ha hecho Marielita.

En efecto, la gente viene al Viejo Almacén, se toma sus tragos y se va. Sin embargo, en este ciclo, la estabilidad de los sustantivos nos engaña, pues no siempre es el mismo tipo de gente, y el Viejo Almacén, entendido este último no como el lugar físico sino en su totalidad escenográfica, con personas y sonido incluido, tampoco es el mismo. Ocupémonos primero de la escenografía.

Como ya lo hemos mencionado, el volumen de clientes varía en los distintos días de la semana; de martes a viernes, la curva de asistencia y de permanencia de los clientes va

creciendo. Los martes, según me ha dicho Marielita, escasa gente viene al bar, y los que vienen se demoran poco: puede cerrarse el negocio apenas pasada la media noche. El viernes por el contrario la afluencia de gente es tal que se hacen necesarias 5 personas para atender a todos; además, los clientes se demoran más, beben más, y se “emocionan” más, por decirlo de alguna manera. Y el sábado, “no es que digamos que esto se llene, el sábado es flojito” (Mariela). A pesar de esta regularidad que yo pude corroborar en mis visitas, Mariela y Leonardo me insistieron en que no siempre sucede así: “eso es relativo. Aquí ha habido martes en los que no cabe la gente, o martes de dos o tres mesitas no más. El día que normalmente viene más gente es el viernes. Pero uno se lleva sorpresas a veces... no se sabe cuando esto se llena de un momento a otro” (Leonardo)

Por otro lado, algo que también pude corroborar fue, por lo menos una paridad entre la cantidad de gente adulta (mayor de 30 años) y de jóvenes (de 20 a 30 años). Este es el cambio que Marielita señala es más acusado entre el público de antes y el de ahora: “ahorita acá en el Viejo Almacén de ahora vienen más jóvenes, ahora hay más jóvenes que gente mayor”. También se observa cierta igualdad entre la cantidad de hombres y mujeres que llegan al lugar, contrario a lo que ocurría por los años en que era el esposo de Marielita quien tenía el negocio: “antes no lo dejaban meterse a uno a una cosa de esas. No, en esta época uno pasaba por una taberna o un negocio de música, a uno nunca lo dejaban ni mirar siquiera. Ahorita es que está entrando muchachas y ya todo el mundo se mete a tomar trago donde sea.” Lo último que podemos decir de “la clientela” en general es algo que se pude deducir de modo indirecto, de acuerdo al precio de las bebidas: cuando empecé a hacer trabajo de campo, la cerveza Águila y Costeña valía 1800; dos meses después el precio subió a 2000 pesos. Además de cerveza, se venden otras bebidas más costosas: Ron, whisky, aguardiente, aunque siempre prima la cerveza. No resulta muy arriesgado decir que allí solo va quien puede ir, es decir, quien puede pagar estos precios.

Ya en este punto debemos diferenciar algunos “tipos de clientes”, y para ello hemos de asumir como unidad de análisis el “grupo” de conocidos entre sí que vienen juntos a pasar un rato en el bar, pues a este nivel es que se observan diferencias apreciables en el comportamiento: 1. Parejas hombre-mujer (pareja sentimental), 2. pareja de amigos, generalmente del mismo sexo 3. Grupo pequeño (de 3 a 4 personas), y grupo grande (de 5 o más personas), 4. Personas solas y 5. Amigos de los dueños del bar.

1. Parejas de hombre-mujer: puede que sean novios, esposos, pretendientes, o simplemente amigos, pero entre los cuales es posible observar algunos comportamientos exclusivos de este tipo de clientes: los besos, las conversaciones al oído, incluso el baile; o puede que ninguno de ellos se de. En una de las primeras observaciones que realicé en el lugar, tengo escrito lo siguiente: “Las parejas hablan mirándose a los ojos, en pose de confidencia, recargándose contra la mesa o una columna, o formando con el cuello estirado un arco al frente. Es increíble cómo solo llegan parejas o personas solas... hay algunos grupos de amigos, pero no más.” Esto que observé un sábado a las 7 de la noche no es del todo generalizable, pues bien se pueden encontrar parejas con un comportamiento distante y frío, aunque esto no es la regla. Otro tendencia que pude observar es la de una preferencia de las parejas a lugares “periféricos” del bar, es decir, a los lados de la tarima o en la zona de no fumadores; esta última zona que casi nunca está totalmente llena; también se les ve en las mesas cercanas a las columnas, es decir, cerca siempre a algún obstáculo físico que de alguna manera limite un espacio privado, resguardado de la “intemperie”. Las edades de estas parejas son, más o menos por igual, jóvenes (menores de 30) y adultos.

Lo importante de este tipo de clientes es que es muy frecuente en Viejo Almacén, y señala un uso particular del bar como lugar para llevar a la pareja a conversar y a tomarse unas cervezas con ella.

2. Pareja de amigos del mismo sexo: no es esencial que sean del mismo sexo, pero para el observador distante no es fácil ver hasta donde llega la “amistad” entre una pareja de hombre-mujer. Es también muy frecuente ver parejas de amigos o amigas, conversando y tomando cerveza, ya sea en la mesa o en la barra. En el caso de los hombres, generalmente ya adultos, estas parejas de amigos pueden durar buen tiempo bebiendo y conversando; es lo que atestigua el elevado número de botellas que pueden acumular en la mesa; por mi parte, la única vez que demoré casi cuatro horas en el Viejo Almacén y que tomé hasta 7 cervezas (¡a 2000 pesos cada una!) fue una vez que iba con Julián, amigo de la universidad con quien conversamos largo rato, y salimos de allí a la madrugada.

El hecho de que la conversación sea “entre dos” le da un aire de privacidad al evento social que se da en estos grupos, ya sean de hombre mujer o de un par de amigos del mismo sexo: las personas se miran a los ojos, están siempre escuchando o respondiendo, y con el cuerpo encierran un espacio bien delimitado; algo distinto es lo que pasa en los grupos grandes, en los que el número de personas se presta a distracciones, desatenciones fortuitas y división de la conversación en dos o más núcleos: puede verse a dos de los integrantes de un grupo hacer un comentario privado aparte del tema central, o a alguno de ellos mirar para otra parte, ocuparse en el celular o en alguna otra cosa...

3. Grupos: estos pueden ser pequeños (de 3 o 4 personas) o grandes (de 5 o más). En este tipo de clientes, sobre todo en el de los grupos grandes, es marcada la preponderancia del público joven con respecto al adulto. A su vez, es posible observar que en estos grupos es más probable que pidan algún trago más fuerte a la cerveza: ron con coca-cola, aguardiente, o algún otro, tragos que en los grupos pequeños solo se ven entre hombres mayores y en contadas ocasiones. Los grupos son más frecuentes los días viernes, si bien era jueves cuando vi el grupo más grande, de unas 8 personas.

En estos grupos la distribución de género puede ser muy variada, una igualdad entre hombres y mujeres o una disparidad en el número a favor de uno de estos. Como ya lo dije anteriormente, el comportamiento de estos grupos, sobre todo de los grandes, es menos “íntimo”; las conversaciones son más exaltadas, a juzgar por las risas y el alborozo. Estos grupos se ven mucho en las zonas centrales del bar, entre la tarima y la puerta del bar.

4. Personas solas: este es, a mi modo de ver, el tipo de cliente que define al Viejo Almacén, y quizá a los bares de tango, en su especificidad; antes de ir al Viejo Almacén, no había visto yo a un hombre solo, un viernes por la noche, beber cerveza entre la multitud, como conversando consigo mismo. Representa además el caso más radical de un fenómeno muy acusado aquí: experiencias de “intimidación” y de “privacidad” en un espacio público. En efecto, ya sea un señor meditabundo sentado en la barra y apoyando su cabeza en su mano, o una pareja de novios que se dan un beso en el costado derecho del bar, o de pronto un trío de amigos que toman unas cervezas en el lado opuesto, son todos casos de un mismo fenómeno: la conversación privada, más sosegada que exaltada.

Es mucho más frecuente encontrar hombres solos que mujeres solas, y las dos veces que testimonié este último caso, estas mujeres conocían una a Marielita y la otra a la mesera, y estuvieron conversando de modo intermitente con ellas; no puede decirse que hayan estado del todo solas. También es notorio el hecho de que estas personas prefieren sentarse en la barra a hacerlo en las mesas; sentado uno en la barra, la visibilidad es mucho mayor a la de

alguien ubicado en las mesas; la altura de las sillas permite observar el bar en toda su extensión, sin que la mirada se vea obstaculizada por los vecinos inmediatos. Estas personas no observan nada en particular, pueden tener la mirada perdida en el horizonte o fija en un punto cualquiera, con el aspecto de aquel que “mira para adentro”, que está ocupado en sus propios pensamientos.

Un caso de este tipo de clientes fue el que presencié en mi primera “visita de campo”: en la barra una muchacha de unos 25 años estaba sentada sola, cantando todos los tangos que sonaban y con la mirada baja; de pronto se ponía a hablar con la mesera a quien conocía, pero de nuevo quedaba sola. Otro caso es el que describo en las notas del sábado 23 de septiembre: “En la barra se encuentra sentado un hombre solo. De pelo largo cogido con una moña, de unos 22 años, vestido con pantalón y chaqueta de Jean y con una mochila terciada al hombro, este hombre bebe sin mirar a su alrededor. Coloca los antebrazos en la barra, y desde mi mesa solo se ve su espalda encorvada en posición introvertida; dura más o menos una hora allí.” Y el Viernes 27 de Octubre: “Este era un hombre solo que bebía al lado mío, en la esquina saliente de la barra. Miraba hacia el público mientras bebía su cerveza y fumaba. Tendría entre 35 y 40 años, y vestía una chaqueta sport caqui. Se fue a la media hora y en su lugar le reemplazó otro hombre, este más joven y vestido de paño negro.”

Marielita me comentó que ella es de las que busca la barra cuando va a un negocio: “Si, es que, por ejemplo, es que es bueno uno sentarse en la barra, por ejemplo he ido a negocios y yo siempre me siento en la barra... como voy sola siempre es bueno buscar uno la barrita... digamos que sentarse uno solo en una mesa es como tan maluco.” En la barra a veces también se sientan parejas, o conocidos de la casa; también ocurre que las personas pasan un rato en la barra y luego se sientan en una mesa.

5. Amigos de la casa: Estos merecen ocupar por si mismos una categoría distinta, ya que se observa en ellos un comportamiento del todo diferente al de los demás clientes en su manera de relacionarse con Francisco, Marielita, Leonardo o la mesera. Bien pueden ser uno de los tipos anteriores: personas solas, parejas hombre-mujer o de amigos, grupos pequeños y grandes. Sin embargo, estas personas pueden entrar a la barra y saludar a los anfitriones, hacer visita un rato y luego beber en la mesa unas cervezas, o invitan a sentarse a Marielita o a Leonardo. Para hacer notar la particularidad de este grupo, he de mencionar lo que ocurrió mientras yo le hacía la entrevista a Marielita y en los momentos siguientes a que esta finalizara: En la zona de no fumadores un grupo de muchachos disponían las mesas y la torta para celebrar el cumpleaños de Pedro, uno de ellos. Francisco colocó la canción del “Feliz Cumpleaños”, y se unió un momento al grupo para quedar en la foto; Marielita se unió a ellos cuando terminé la entrevista.

De cualquier modo, ese fue un episodio excepcional. Lo frecuente son visitas esporádicas de estos amigos, a veces de uno o dos, a veces un grupo grande que casi siempre se sientan en un mismo lugar: las mesas al frente de la tarima.

Antes de terminar Miércoles, bueno es hablar de algunas cosas que pasan en el Viejo Almacén, y que se salen de la descripción lacónica de Marielita.

Parejas que bailan: No es realmente frecuente, aunque no es raro que pase, sobre todo los viernes. Un sábado de octubre, una pareja de 25 a 30 años que bebían una cerveza al costado derecho del bar, cuando sonó La Comparsita, se levantaron de sus sillas y subieron a la tarima a bailar. Bailaron este tema y el siguiente, la muchacha siguiendo las indicaciones de su pareja que al parecer sabía bailar mejor.

Nunca vi a dos parejas distintas bailar en una noche, mucho menos a más de una pareja bailando al tiempo, lo cual no quiere decir que nunca pase. Marielita confirmó mis apreciaciones: “cuando vienen por hay los muchachos que bailan, suben [a la tarima], toman y bailan, pero es poca la gente que... El jueves, el viernes si de pronto viene gente que sube a bailar, que suben muchachos que les gusta bailar y bailan. No que diga que yo los traiga...” Ahora, no solo en la tarima bailan: pueden hacerlo en el espacio inmediato a su mesa, como pude observarlo un par de veces.

Vendedores y serenatas: Nota del 23 de septiembre: “probando los primeros sorbos de la segunda cerveza, se acerca a nosotros un hombre que ha pasado por algunas mesas vendiendo un detalle alusivo al mes del amor y la amistad: se trataba de dos muñecos hechos de masmelo, clavados en palos de pincho, bien decorados y envueltos en plástico transparente. Los vendía recitando una historia en verso sobre los dos personajes representados: Lito y Lita, faldita y sombrerito; vendía uno por \$1500 y la pareja a \$2000. No le compramos, pero en la mesa siguiente donde estaba una pareja hombre-mujer, si lo hicieron.” Siempre que entró alguien ajeno al bar, es decir no en calidad de cliente, lo hizo ofreciendo un detalle para que el hombre le gastara a la mujer: malvaviscos de amor y amistad, flores, o una serenata. El de las serenatas es el caso de un hombre o dos, cada uno con un instrumento de cuerdas (guitarra, tiple), que ofrece por las mesas una canción. En mi diario, el 2 de septiembre, se lee “ha entrado un señor casi anciano, con una guitarra, ofreciendo serenata para que el hombre se la dedicase a su compañera. Fue largamente retenido por 3 muchachos de pelo largo y camisa a cuadros escocesa, quienes lo convocaron a su mesa.” Marielita al respecto dice: “hay unos que si les gusta que les canten ahí, pues uno les deja, pero no tampoco que se queden mucho mucho casi no. No se... hay uno que otro loco por ahí que dice que le canten, pero no, de resto no.” De todos modos, estos sucesos son bastante esporádicos y breves.

El televisor: Hay un televisor pequeño, instalado entre la puerta de entrada al bar y la barra; la pantalla está orientada hacia esta última, no hacia los clientes en general, de manera que solo pueden ver los que estén sentados en esta parte de la barra, y por supuesto los que están al lado interno de ella. No pocas veces pude ver como Francisco, Leonardo, un amigo de estos o algunos de los clientes miraban el partido de Fútbol, o de vez en cuando alguno de los que estaban sentados en las mesas se levantaban de ella para revisar el marcador; pero eso sí, siempre que estuvo prendido era porque había partido de fútbol: Nacional Vs. Bucaramanga, Millos Vs. Nacional, etc. El sonido del televisor era casi inaudible en comparación con la música que sonaba de fondo.

Y ya para terminar Miércoles, ¿qué sucede los miércoles?: “nada [en especial], lo mismo de siempre”. Parece que viene más gente que el martes, “pero no, de resto no.”

Jueves

Un jueves de etnógrafo en el Viejo Almacén (de las notas del diario de campo. 28 de Septiembre)

Faltan pocos minutos para que sean las 7 de la noche, y acabo de entrar en El Viejo Almacén. Adentro se siente un leve olor a incienso, y casi todas las mesas vacías dan la sensación que produce los espacios demasiado amplios. De fondo suenan tangos, a veces

cantados y a veces instrumentales, y yo, doblemente solo en un bar desierto, me siento en una mesa cerca de la puerta a donde Francisco se acerca para que yo lo pida lo de siempre, una Águila fría. Pienso entonces que es aún muy temprano, pues el bar empieza a llenarse casi siempre a eso de las 9:30 o 10:00 de la noche.

Tan solo hay dos lugares ocupados: uno es la mesa central frente a la tarima, y el otro son dos sillas de la barra cerca al televisor; en ambos casos se trata de parejas hombre-mujer. En el caso de la pareja del frente de la tarima, la conforman un hombre calvo y una mujer, ambos de unos 30 años; ella luce un conjunto de paño azul claro y mientras conversa se recarga en la silla, dejando descansar los brazos sobre su vientre. Él se recarga también al espaldar, y sentado frente a ella, le habla sin sobresaltos, alimentando una conversación “apagada”, si se le compara con lo que puede verse en la pareja sentada en la barra: En esta última, la mujer ríe de vez en cuando, y escucha atenta y sonriente al hombre que le habla y la hace reír. Entre tanto, Francisco, que es el único que está atendiendo el bar, no permanece mucho tiempo en la barra sino que va a los baños y se devuelve, una y otra vez... De pronto sale un instante del negocio y vuelve a entrar.

Una media hora después llega otra pareja al bar; se trata de jóvenes de unos 20 años “él vestido de chaqueta y pantalón de jean y una bufanda de colores, ella de cabello corto y con un saco rosado...”. Mientras ellos se sientan y le piden una cerveza a Francisco que acaba de acercarse a su mesa a tomarles el pedido, la pareja que estaba en la barra se ha pasado a sentar en una de las mesas del costado derecho, en la zona de no fumadores. Allí conversan un rato, antes de que él la saque a bailar; bailan dos tangos seguidos, mientras las otras dos parejas al parecer no los determinan. A propósito de la música, hasta el momento han sonado algunos tangos conocidos: la milonga que se hizo famosa en la novela de televisión “Betty la fea”, Malena, la Cumparsita en versión instrumental; las melodías suenan a un volumen no muy alto, pero suficiente para que sea imposible detallar las conversaciones de los demás.

La pareja de la zona derecha ha vuelto a bailar, en tanto que una nueva pareja de hombre y mujer entran al bar: de unos 30 años, ambos se sientan en la zona central del bar. El hombre calvo ha ido un momento al baño, y su compañera, la mujer vestida de azul, se queda viendo bailar a los danzantes que mueven sus cuerpos al pie de su mesa: suena “Barrio”...

Los jóvenes que acaban de llegar le piden a Francisco dos cervezas Águila, y él se las trae en bandeja junto con dos vasos de plástico transparentes; la muchacha prende un cigarrillo, cuando de fondo suena Cambalache, los demás clientes hablan con sus respectivos compañeros, aquellos dos no paran de bailar, y yo, solo en una mesa, observo todo esto; cada grupo es indiferente a lo que pasa a su alrededor, y de algunos solo se escapan miradas furtivas a la pareja que baila.

Francisco hace unos minutos ha prendido el televisor, y mira solo no se que cosa (seguramente es fútbol).

De golpe empiezo a perder el interés por todo lo que pasa: observar a la distancia detalles que en el momento parecen insulsos es agotador: media hora ha pasado y ya me he acabado mi cerveza. En el fondo del vaso queda una película delgada de cerveza, tres gotas que dejo caer en mi boca mientras pienso que con ellas se extingue toda excusa de quedarme allí; no tengo más dinero.

Cuando recobro mi atención en el exterior, han pasado algunas cosas: la pareja de jóvenes no se han demorado casi nada, solo el tiempo necesario para tomar su cerveza. Los bailarines ya se han sentado en su mesa y ahora conversan, mirándose a los ojos, el hombre recostando su hombro contra la pared y apoyando su cabeza en su puño, y ella inclinando su torso hacia delante para escucharlo. El habla la mayor parte del tiempo, y ella lo interrumpe pocas veces con intervenciones cortas.

Llega entonces una pareja que conoce a Francisco; la mujer lo saluda con un beso en la mejilla, y ambos entran en la barra. Ella se acerca a Francisco que está en el armario, alumbrando los discos con una linternita para encontrar el que busca; cuando lo halla y lo pone a sonar, se escucha entonces canciones de Gardel de las cuales solo reconocí “Adiós Muchachos”.

Ha pasado una hora desde que llegué. En este momento entra por la puerta un grupo de 5 muchachos de entre 20 y 25 años: son 4 hombres y una mujer. Unen dos mesas del sector cercano a la barra y al televisor para que puedan caber todos, y piden a Francisco cervezas para cada uno. Pocos minutos después entra al lugar un grupo pequeño de 2 hombres y una mujer, que se sientan frente a la columna izquierda; algunas pocas palabras que les escuché me hicieron saber que hablaban de un hermano de uno de los hombres... ellos también toman cerveza.

Con estos nuevos clientes a aumentado considerablemente el ruido de las conversaciones, sobre todo por el grupo de 5 que hablan más duro que los demás, quizá porque están más distanciados entre sí. Con el aumento de ruido, Francisco le sube el volumen a la música: suena Balada para un Loco, y esto me detiene en mi decisión de irme de allí: ¡esta canción es soberbia! Cuando termina la canción, cuento 5 grupos de clientes en el bar: los dos grupos y tres parejas, entre las cuales se encuentra la de los danzantes. Yo me levanto de mi mesa, me acerco a la barra donde Francisco me recibe 1800 pesos, y salgo de allí... me siento acogido por la calle, ese espacio de nadie donde nadie tiene que justificar su presencia.

Viernes

El Viejo Almacén es un espacio que los clientes usan de cierta manera, como hemos tratado hasta ahora de ilustrar. Van allí con una idea de lo que quieren hacer y de lo que se puede hacer en el Viejo Almacén: tango, cerveza, pausa, encuentro, conversación, son elementos que los clientes van a buscar y que allí encuentran, obviamente al precio estipulado; las posibilidades de uso del lugar son limitadas, las reglas y las condiciones son precisas, y las situaciones que fluyen por las vías de acceso que dejan libres todas estas prescripciones son infinitas... Los clientes, aunque entran y salen del lugar, no puede decirse que sean transeúntes. Ellos van a *quedarse* un rato allí, un rato durante el cual las circunstancias no son tan inopinadas como en el semáforo de una calle.

Puede verse El Viejo Almacén como un espacio público, tal como lo entiende Manuel Delgado, en la medida en que reúne a un conjunto de “extraños unidos por la evitación, el anonimato, y otras películas protectoras, expuestos, a la intemperie, y al mismo tiempo, a cubierto, camuflados, mimetizados, invisibles.” (p. 33) Si adoptamos una mirada panóptica sobre todo el espacio, podemos darnos cuenta de que todo el tiempo está estructurándose y desestructurándose, de que los clientes entran y salen y nunca son los mismos; la mesa que

ocupaba una pareja fue su territorio mientras agotaban la conversación y bebían dos cervezas pausadamente, pero a la hora se habrán ido y esta mesa, acaso después de un buen tiempo, vuelve a ser ocupada por un grupo de muchachos que piden media de aguardiente... Sin embargo, si fijamos nuestra mirada en uno de los pequeños grupos yuxtapuestos, o mejor aún, si hacemos parte de uno de ellos, estaremos ante un hecho social donde no somos “personajes sin nombre, seres desconocidos o apenas conocidos, que protegen su intimidad de un mundo que pueden percibir como potencialmente hostil” (p 13) como caracteriza M. Delgado al practicante de lo urbano. Existen unas estructuras sociales “interiores-privadas” que se yuxtaponen en un “exterior-público” relativo a cada uno de los grupos: la relación entre un exterior y su correspondiente interior es la de una escenografía del evento social al cual todos los participantes están dedicando su tiempo, su atención y sus sentimientos, el que construyen los integrantes de un grupo, una pareja, o aún, el solitario consigo mismo.

En ese exterior-escenografía, las personas que aparecen allí, esos “otros”, adquieren cierta virtualidad, como si la realidad hubiera sido programada por computador: No fijamos la mirada en esos otros más que esporádicamente, y ellos tampoco nos miran, y se crea entre todos un nuevo tipo de comunidad en el que solo nos une la cercanía en el espacio, la similitud en la actividad, y una especie de “complicidad”, es decir, de reglamentación y regulación mutua de nuestros comportamientos.

Se definen así 3 tipos de relaciones en un espacio como el Viejo Almacén: relaciones intra-grupales, inter-grupales y la de cada grupo con los dueños o meseros del lugar, encargados de su funcionamiento y observantes de sus reglas. En las relaciones intergrupales, las personas llegan como integrantes de la pequeña comunidad que es el grupo con que entran, y hacia él orientan toda su acción social, su conversación, su mirada, de pronto besos, baile, intenciones. A esta escala los protagonistas son el grupo, lo demás (los otros, sus acciones, las reglas, la música) es la escenografía. Habrá tantas escenografías como “grupos”, todas diferentes en sus detalles pero similares a grandes rasgos. Esa es quizá la característica de los espacios públicos como bares, discotecas, conciertos...: los clientes buscan el escenario adecuado para actuar en él, y actuando construyen escenario para los demás.

La relación inter-grupal es una relación de regulación mutua: El espacio público es algo que casi todos estamos constantemente “vigilando”; es decir, mientras lo usamos y por medio de nuestro uso, cuidamos que sea por los otros “correctamente” usado. La acción ajena, aunque no se dirija hacia mí ni sea ejercida por alguien con quien yo tenga alguna relación, prescribe la mía propia en el espacio público; es como si fuéramos concientes de que hacemos parte de esa virtualidad y que no debemos alterarla si queremos seguir allí, no nos queda más que reproducirla: el uso general impone las reglas del espacio público, o mejor, define el espectro de comportamientos posibles.

Por último, con las personas que atienden el lugar la relación es bastante normalizada, “ritualizada”: él se acerca, me pregunta qué deseo tomar, minutos después me trae lo que le he pedido, antes de salir le pago el precio de lo que he tomado y salgo. Hay además una relación de poder, pues ellos más que nadie exigen el cumplimiento de las reglas.

Ahora debemos detenernos en algunos aspectos del Viejo Almacén visto como “escenografía(s)”, aspectos que ayudan a configurar la particularidad de las relaciones inter-grupales en este lugar, es decir, que ayudan a virtualizar al otro y a sentirse uno mismo

protegido por ese carácter virtual. Estas son 1 la oscuridad, 2 la música, 3. la aglomeración o la distancia

1. Como lo había mencionado en la parte donde describía el lugar, la “media luz” es característica del Viejo Almacén, la oscuridad da el matiz a las formas que una luz tenue permite adivinar. En este ambiente “sombrio” en su sentido literal, las personas, uno mismo, se vuelve a la mirada distante un elemento poco sobresaliente del cuadro general, y la mirada no asume la discontinuidad entre los fondos y las siluetas de los cuerpos: todo hace parte de un mismo “fondo”, de un mismo juego de formas y sombras que nos contentamos con observar en su totalidad, sin hacer distinciones: síntesis, no análisis.
2. Sobre la música y el papel que juega en el Viejo Almacén, muchas cosas podrían decirse: una de ellas sería que este fondo auditivo, este común denominador para todos los oídos, constituye además un aislante entre los grupos. A todos asegura que lo que alguien dice no será fácilmente escuchado por los clientes vecinos, y a su vez que ninguna frase clara y distinta podrá interrumpir la atención que le prestas a tu interlocutor. Si aumenta el número de clientes y por tanto el ruido de las conversaciones, Francisco le subirá el volumen a la música para que esta pueda seguir cumpliendo su tarea. En otras palabras, la música ayuda a “virtualizar” a esos otros que no hacen parte de mi grupo.
3. Una función parecida cumple la multitud, para el caso de los viernes, o la distancia, un miércoles o un sábado recién abierto el local. Ante la multitud, ningún “otro” podrá sobresalir entre tantos otros que a la mirada desprevenida del cliente parecen todos iguales. Igualmente, la distancia a la que se sientan las personas cuando hay poca gente les impide tomarlas como tales; se pierden entre la música, la oscuridad, la escenografía.

Visto lo anterior, es difícil confinar el fenómeno de lo urbano a un conjunto de características que describen muy bien solo a un tipo de relaciones posibles en el contexto de los espacios públicos, tal como lo hace Manuel Delgado; sobre todo cuando lo más probable es que estas relaciones solo sean posibles en concordancia con otro tipo de maneras de establecer vínculos con las personas, maneras en las que sobresalga el ámbito privado; pero sobre todo con el carácter *funcional* del espacio compartido por los extraños, espacios para usar, como él mismo bien deja en claro. Lo que he encontrado en el Viejo Almacén es un conjunto de eventos privados colocados uno junto a otro, eventos interiores insertos en un exterior que son otros interiores, todos haciéndose posible en una regulación mutua del espacio que comparten.

Transcribo entonces lo que se lee en mi diario el 21 de Octubre:

“Manuel Delgado escribe “[...] una división radical de la vida cotidiana en dos planos segregados a los que se atribuye una cierta cualidad de incompatibles: la de lo público vs. lo privado, versión a su vez del divorcio entre lo interior/anímico y lo exterior/sensible, que es herencia común de la teología protestante y del pensamiento racionalista moderno” (p. 12)” Siguiendo con la idea de la oposición público/privado, en el Viejo Almacén se puede observar una serie de unidades sociales de privacidad dentro de un contexto y un espacio público. Este contexto determina reglas, una gama de posibilidades y de limitaciones que encausan lo que acontece en cada unidad privada. Así las relaciones de poder dueño/cliente, las disposiciones legales sobre horarios y

restricción a menores de edad, zonas de no fumadores, precios de las bebidas. Pero además, lo que hacen los otros en un contexto público: ellos, con su comportamiento, normalizan y los sus defensores de estas normas de comportamiento, es decir, del modo de usar el espacio. (Recuerdo al futbolista que obedece al árbitro que organiza la barrera, cuando se va a cobrar un tiro libre, para presionar a los contrincantes a que se corran más atrás). Pero además constituyen una comunidad emocional, donde parte de las emociones suscitadas son influidas por las que se perciben alrededor.

La música aísla auditivamente estas unidades, pero a su vez las une. Extraña compañía la de alguien que uno sabe experimenta algo parecido, pero con quien no se tiene que entablar comunicación alguna, solo saber que está ahí. En el lugar público, quiénes son los que están al lado es lo que menos nos importa. Sin embargo, no nos es indiferente lo que hacen, aunque cuando lo que hacemos se adecua a ello, pude pasarnos desapercibido: el comportamiento ajeno ya ha hecho su trabajo en el nuestro.”

BIBLIOGRAFÍA

Delgado, Manuel. *El animal público*. 1999. Barcelona: Editorial Anagrama.